

aparejo que hay en aquellas gentes para imprimir en ellas toda virtud y cristiandad; y aun conviene que V. M. lo provea para que todos los que no están de paz conozcan que no se trata ya de hacerles los agravios que hasta aquí, sino de su cristiandad y de reducirlos á que vivan como hombres y en pulcía humana: y pues se ha gastado y gasta tanto para la Florida y para el descubrimiento que se ha de hacer por la Mar del Sur, suplico á V. M. aventure esto poco, que no serán cient mill ducados, para hacer tan gran bien á aquellas gentes, pues en dos años, y antes, se verá lo que es; y V. M. aventura á ganar, demas del servicio grandísimo que hará á Nuestro Señor, muy grandes riquezas, y reinos, y rentas: y las gentes que hay demasiadas de españoles en esta tierra, que no sirven sino de escandalizar y alborotar los naturales buscando entre ellos su vida, ternán por allí gran salida adonde poder ir á buscarla, y á servir á Dios y á V. M.

Lo demas que hay que tratar sobre este negocio lo he comunicado con Fr. Alonso Maldonado, de la órden de S. Francisco, que es un buen religioso, y docto, y muy celoso del servicio de Nuestro Señor y de V. M., y aficionado al bien y cristiandad de estos naturales, y tiene mucha experiencia en las cosas de estas partes, por lo que ha visto y andado en ellas, y va á esos reinos á tratar este negocio con V. M., y á otros que convienen mucho, y al descargo de la real conciencia de V. M., y á otros negocios de su órden á que lo envia el comisario general desta Nueva España, y así me remito á él, porque lo lleva todo bien entendido, y lo que se hubiere de tratar sobre lo que contienen estos capítulos, suplico á V. M. sea servido de lo mandar oír. — EL LICENCIADO DE ÇORITA.

(Original.)

FRAGMENTOS

DE UNA

HISTORIA DE LA NUEVA GALICIA,

ESCRITA HÁCIA 1650

POR EL PADRE FRAY ANTONIO TELLO,

DE LA ÓRDEN DE SAN FRANCISCO.

CAPÍTULO VIII.

De la conquista de la Nueva Galicia, de la otra banda del Rio Grande de Guadalajara.

Ya queda dicho en el capítulo antecedente, como desde Cuitzeo envió D. Nuño de Guzman al capitan D. Pedro Almindez Chirinos, y desde Tonalá al capitan D. Cristóbal de Oñate, para que cada cual por su rumbo conquistase toda la tierra que habia poblada á la parte del Norte; y uno y otro desempeñaron tan bien sus nobles personas, que en breve tiempo y sin pérdida de su gente ni de la de la tierra, rindieron innumerables indios á la obediencia del rey de España. El capitan Chirinos desde Cuitzeo se encaminó para Zapotlan del Rey; de allí al de Juan de Saldivar ó Zapotlanejo, al valle de Acatic y Tepatitlan, que eran provincias distintas, hasta el Cerro-gordo, y en todas tomó posesion pacífica, y fué muy bien recibido y regalado de los indios. Llegó á Comanja y de allí á las Chichimequillas, donde hoy está la villa de Lagos; pero en todo esto ni en Cerro-gordo habia pueblo formado, sino solamente muchísimas rancherías de indios, unos de la provincia de Zacatecas y otros que se llamaban huamares, los cuales no sembraban ni hacian pié

en parte alguna, sino que dormían en donde les cogía la noche: andaban totalmente desnudos y comían raíces y las carnes de venado, conejo y aves que cazaban: en todas estas partes no hizo el capitán mas que tomar testimonio de haber llegado hasta allí, de donde partió para Zacatecas, y por todo el camino salían innumerables indios salvajes, y les daban la carne que cazaban.

Llegados á Zacatecas, hallaron que todo el pueblo se componía de quinientos gandules en cueros, viviendo debajo de las encinas en unos bohíos redondos de zacate, sin orden ninguno ni policía; los cuales recibieron de paz á los españoles, y les dieron de comer caza y mucha bellota dulce. Quería el capitán pasar adelante; pero el cacique zacatecano le hizo desistir de su intento, diciéndole que ya no había mas población, sino solamente muchos indios llamados huachichiles, gentes silvestres, grandes traidores y ladrones. Con esto determinó Chirinos volverse; y aunque tomó posesión por el rey de Castilla y D. Nuño de Guzman, pero fué haciendo burla y riéndose de la gran conquista de su general, como no sabía que en aquel lugar se encontraba tan gran tesoro, que al siglo de su descubrimiento lleva dados al rey de solo sus quintos, veintinueve millones. Preguntó por dónde podría salir á Tepic, y los indios zacatecanos le ofrecieron guías que lo llevasen, y se fué viniendo por el valle en que hoy está la villa de Jerez, y á pocas leguas encontró con una gran ciudad arruinada y despoblada; pero se conocía haber tenido suntuosísimos edificios, con grandes calles y plazas bien ordenadas, y en distancia de un cuarto de legua cuatro torres con calzadas de piedra de la una á la otra; y esta ciudad fué la gran Tuitlan,¹ donde hicieron mansion muchos años los indios mexicanos cuando caminaban desde el Septentrion conducidos de su infame caudillo el demonio, como queda dicho por el libro proemial de esta crónica. De aquí pasó el capitán Chirinos al valle Huajucar, de allí á Colotlan, donde tuvo noticia que el capitán Oñate había estado en el valle de Tlaltenango, y así se fué por Jora atravesando toda la tierra, hasta dar en Huainamota el viejo, y salir á Tepic; la cual caminata fué tan trabajosa que no se puede encarecer, porque en el mundo no puede haber cosa tan áspera como esa sier-

¹ Las ruinas de la Quemada.

ra, y con infinidad de indios belicosísimos, que la misma aspereza de la tierra los hacía fieros en lo indómitos y crueles; pero todo lo venció este insigne capitán, dejando atrás con este hecho al muy celebrado Anibal, que abrió camino por los Alpes de Francia para la Italia, en que perdió un ojo, y nuestro Chirinos nada. Más breve negoció el capitán D. Cristóbal de Oñate, aunque tuvo mas que hacer, aunque eran menores las distancias; porque él anduvo por lo bajo, y el capitán Chirinos por lo alto. Salió, pues, el capitán Oñate el año de treinta de Tonalá, según parece en el mes de Abril, y comenzando su derrota por Huentitlan, luego se le ofreció dificultad, porque estos indios le salieron de guerra; pero aunque pelearon fuertemente, los venció. De allí pasó á Copala, y aunque salieron los indios muy galanes y bien armados, mas no fué sino para recibirle de paz. Tomó posesión y pasó á Ixcatlan, y queriendo estos impedirle el paso del río, hubo tan sangrienta refriega que murieron trescientos ixcatlecos, y los demas echaron á huir. Pasado el río marchó el ejército por el valle de Tlacotlan, Conitla y Cuacuala, que eran poblaciones distintas y de muchos indios; pero no los desvaneció su multitud, sino que todos se dieron de paz. Los de Teponahuasco hicieron su demostración de pelear; mas luego se rindieron; y así asentado este valle, pasó para Teocaltiche, y al camino le salieron á recibir los de Yahualica y Mexicacan, que eran cabeceras, y admitidos por amigos, llegó el ejército á Teocaltiche, que era pueblo de mas de cinco mil indios, y fué bien recibido, y habiendo tomado posesión, partió para Nochistlan, que tenía mas de seis mil indios, los cuales puestos en campaña trabaron sangrienta batalla con los nuestros; pero por fin, como gente bisoña, fueron derrotados y vencidos, quedando muchísimos muertos y otros heridos, con que pudieron los españoles entrar en Nochistlan y tomar posesión: dejó allí D. Cristóbal de Oñate á su hermano D. Juan con otros españoles, así para que conservaran lo conquistado, como para presidio de la villa del Espíritu Santo de Guadajajara que se intentaba fundar, y luego pasó para Xuchipila donde tenían los indios una albarrada que como muralla impedía la entrada, y la defendían de parte de adentro para que no pudieran derribarla los españoles. Mas un italiano llamado Lipar que iba entre los castellanos en un caballo muy brioso, fuerte y desespe-

rado, arremetió con tanto ímpetu y fuerza á la albarrada, que se la antellevó, y estando dentro le arremetieron furiosamente los indios queriendo sujetar al caballo de la cola; pero este, encendidos los ojos y dando bramidos de coraje, ayudó tanto á su amo, que les causó tanto temor, que entre los dos mataron seis ó siete indios, lo cual vistó por los demas luego se dieron de paz, y á Lipar se le dió despues aquella provincia por encomienda. Desde este pueblo de Xuchipila conyocó el capitan Oñate á los caciques de Mesquituta, Cuspala y retiróse² con todos sus agregados, los cuales vinieron con gran rendimiento, y juntos dieron la obediencia al rey de España. Prosiguió el capitan Oñate su conquista pasando por el pueblo de Apozól para Xalpa, donde habia grandes poblaciones, y sin resistencia de sus moradores tomó posesion por Castilla; y por un puerto de ocho leguas que media pasó para Tlaltenango, y de allí volvió para Tepechitlan, que era entonces pueblo muy grande; luego al Teul: en todas estas partes fué muy bien recibido, con que sujeta y pacífica toda esta tierra, trató de venirse para Etzátlan, donde habia concertado con su gobernador Guzman salirle al alcance; y siendo la tierra impertransible por su mucha aspereza, mandó á su gente, españoles é indios, que abriesen camino, y lo abrieron en dos dias, tajando en parte peñas vivas hasta la distancia de tres leguas, y llegaron á Tequila. Los tequiltecos, que vivian entonces en barrancas, habian prevenidose para resistir á los españoles; pero viendo la grande empresa del camino que abrieron por donde parecia imposible, y que habian pasado el rio, los recibieron de paz, y el capitan los halagó y mandó se saliesen á poblar donde hoy están. Prosiguieron los españoles sus jornadas por la Magdalena, Tusacatlan, Hostótipac, Ixtlan, en todo lo cual no tuvieron que hacer por estar ya conquistado por D. Francisco Cortés, como ni en Ahuacatlan ó San Pedro Analco por haberlo ya tocado el capitan Chirinos; pero sabiendo que á Xocotlan no habia llegado alguno de los dichos y que era mucho su gentío, partieron allá, y sin resistencia tomaron posesion por la corona de España, y de allí se volvieron por la Magdalena hasta llegar á Etzátlan, donde se incorporaron con el ejército principal á los fines del año de

² Parece que hay aquí algún vicio en el texto.

quinientos y treinta, segun parece. Dió razon de su jornada el capitan Oñate al gobernador Guzman, el cual celebró grandemente su venida, porque apreciaba mucho su persona y compañía.

CAPÍTULO IX.

Prosigue la conquista de la Nueva Galicia por la parte del Poniente.

Aun los mas ásperos y difíciles caminos se harian fáciles y llanos, en llegando la venida del Mesías al mundo, profetizó el santo Isaías, y así se vió cumplido en la tierra caliente que administra esta santa provincia de Xalisco, pues siendo tan montuosa y enmarañada, y estando tan defendida de tres caudalosos rios, como son el de Iscuintla, el de San Pedro y el de Acaponeta, y siendo sus habitantes infinitos de nacion totorame, tan belicosa que la reconocia la tepehuana ó la de la sierra, cuando por lo natural habian de salir como fieras indómitas y cruelísimas contra los españoles, los hallaron corderos tan mansos, que habiendo enviado D. Nuño de Guzman sus mensajeros al cacique de Iscuintla, respondió con gran sumision, que fueran bien venidos y pasaran en buena hora á sus tierras, que lo deseaban mucho desde que el capitan Cortés pasó por Jaltemba de Tepic para Colima. Con esta respuesta tan favorable caminó el ejército para allá, y una legua antes de llegar al rio salió el dicho cacique con mas de tres mil hombres, muy bien vestidos de algodón, y engalanados sus cuerpos, arcos y carcajes con muchedumbre de plumas de todos colores, y cada uno con un dardo de brasil en la mano. Llegando, pues, el Sr. D. Nuño de Guzman, hincó las rodillas y quiso besar la mano al caballo; mas Guzman le hizo levantar y le abrazó, y él luego le preguntó que qué buscaban en partes tan dentro y retiradas, que si querian tierra y mujeres, que se las darian y les servirian en cuanto les mandaran; y en señal de que cumpliria lo que le prometia, puso al gobernador en el brazo un brazalete de oro con plumas de diversos colores que le servian de esmaltes, y de las mismas un hacecito á modo de ramillete en la mano. Mostró el gobernador gran complacencia á estos rendimientos, dando mues-

tras al cacique de lo mucho que lo agradecia, y mandó marchar al ejército. Entonces el cacique tomó la rienda del caballo á Guzman, y dió orden á los suyos que puestos en fila fuesen bailando hasta llegar á su pueblo, lo que ejecutaron ellos con buena voluntad, cantando y tocando sus rústicos instrumentos, que hacian una música temeraria: pasaron el rio por el vado que ellos enseñaron, y llegados, aposentaron á los españoles en unas casas grandes muy aderezadas de esteras ó petates de palma, muy enramadas y perfumadas del copale de la tierra; y este dia era el de S. Felipe y Santiago, primero de Mayo del año de mil quinientos treinta y uno.

Al buen recibimiento y hospedaje se siguió la muchísima comida, en la cual se manifestaron estos indios tan generosos, que habiéndole hecho fuerza á D. Nuño de Guzman para que se dilatase diez dias en su pueblo, en todos ellos mantuvieron el ejército, que se componia como ya he dicho de veinte mil indios y quinientos españoles, con tanta abundancia de carnes, pescados, tortillas y pinole, y de maiz y zacate para los caballos, que todos se maravillaban, y al fin recogieron los españoles mas de trescientas hanegas de maiz que sobraron; cosa que pone espanto y da bien á conocer la muchedumbre de gente que poblaba aquellas tierras.

Desde este pueblo de Iseuintla envió el gobernador sus embajadores al señor de Zentispac que se llamaba Ocelotl, que quiere decir tigre, el cual tenia cuatro hijos, llamado el uno Tamazolin, que quiere decir sapo; el otro Coatl, que quiere decir culebra; el otro Xuile, que quiere decir pescado bagre; y el otro Cocolixicotl, que quiere decir abejon. Era este señor tan generoso, que hasta entre los coras y tepehuanes tenia pueblos tributarios que le pagaban en oro, plata, miel y algodón, y para el servicio de su casa tenia doscientos indios y cien indias; mas luego que oyó la voz del rey de Castilla, inclinó la cerviz al yugo suave de su vasallo, y vino hasta Iseuintla acompañado de sus tres hijos los menores á rendir la obediencia en manos del gobernador Guzman. Este le recibió con grandes muestras de amor, y él se volvió luego á su pueblo á disponer el recibimiento, que fué suntuosísimo, porque salió una infinidad de indios muy galanes y aderezados de plumas de diversos colores, con sartas de caracoles en la garganta y zarcillos que usaban de azabache, y eran tantos, que apenas daban lugar de caminar al

ejército, y todos iban bailando y cantando hasta llegar al pueblo; y ya que estaban en la orilla salió el cacique Ocelotl, que era un indio muy alto y membrudo, y para el recibimiento se vistió uno como gaban de manta sembrado todo de plumas de diversos colores, y por capa un cuero de tigre muy grande con la cabeza encajada en la suya, que le servia como de morrion: en la sarta de conchas que llevaba al cuello tenia una como venera de oro; y llegándose al general le dió la bienvenida con gran cortesania, y le puso al cuello la sarta de conchas que traia al suyo: prosiguieron despues marchando hasta llegar á la casería que estaba tan bien dispuesta como la de Iseuintla, y no fué menos el desempeño en la comida.

Agradó tanto á D. Nuño de Guzman esta florentísima provincia, que la nombró Castilla la Nueva de la Mayor España; pero pidiendo al Sr. Carlos V que lo confirmase, no quiso S. M., sino que mandó que toda su conquista se nombrase la Nueva Galicia, como la de D. Fernando Cortés se llamó toda Nueva España, y que fundase una ciudad intitulada Compostela y Santiago de Xalisco, á la cual concedia todas las libertades, fueros y privilegios que tiene y goza la de la Galicia antigua. Estúvose en este pueblo de Zentispac D. Nuño de Guzman diez dias, y en este tiempo los indios que traia consigo iban tan ensoberbecidos con el título de conquistadores, que despreciando sus mandatos de no hacer mal á los indios de la tierra, desparramados por el valle quemaron muchas caserías ó hicieron otros daños á sus habitantes; pero lo pagaron bien, siendo ahorcados muchos de ellos en aquellos árboles.

CAPÍTULO X.

De la conquista del valle de Acaponeta, y un gran diluvio que allí cogió al ejército cristiano.

Una de las tierras que mas lloran la desolacion de sus antiguos moradores en este reino, es el gran valle de Acaponeta, donde mostrando las señales de sus muchas poblaciones, mueven á lástima á cuantos la miran. Tenia, entre otros, un pueblo numerosísimo llamado Atzatlan; y á este, luego que llegó D. Nuño de Guzman, lo fué llevando á fuego y sangre, con tanto rigor que le